

JUAN EMAR

UN AÑO

TRES ILUSTRACIONES DE GABRIELA EMAR

EDITORIAL ZIG-ZAG

UN AÑO

De este libro se han im-
preso diez ejemplares,
fuera de comercio, en pa-
pel pluma, numerados
de 1 a 10.

JUAN EMAR

UN AÑO

TRES ILUSTRACIONES DE GABRIELA EMAR



EDITORIAL ZIG-ZAG

1935

ENERO 1°.

Hoy he amanecido apresurado. Todo lo he hecho con apresuramiento vertiginoso: bañarme, vestirme, desayunarme, todo. Y rápidamente también terminé la lectura de *Don Quijote* y empecé la de *La Divina Comedia*.

Tal prisa la atribuyo al Quijote y a la fecha.

Ayer 31 de diciembre, último día de un año, justo es que hubiese leído la última página de un libro. Mas no lo hice, Iba leyendo:

*Yace aquí el hidalgo fuerte
Que a tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.*

Así iba leyendo cuando un caballero regordete vino a sentarse frente a mi mesa. Nos miramos. Silencio.

Bajé la vista para enterarme de la primera pa-

labra del verso siguiente. El caballero con su diestra golpeó la mesa y me obligó a levantarla.

Esto se repitió catorce veces consecutivas.

Tengo cierta afinidad o cierta superstición con el número catorce. Ahí me detuve. No intenté la décimaquinta experiencia. Cerré el libro aunque sentí una cruel angustia al ver los punteros del reloj seguir su marcha hacia el año vecino.

Hoy lo terminé:

... que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna.— Vale.

Mas la prisa, ya anidada en mí, siguió empujándome. Cogí *La Divina Comedia*. Como en una especie de vértigo llegué hasta:

Entrai per lo cammino alto e silvestro.

Aquí la prisa me obligó a salir de casa.

Llevé el libro conmigo. Es un libro grande, encuadernado, de mucho peso. Tiene las ilustraciones de Doré.

Con mi libro y mis zapatos, iba corriendo por las calles.

Una plaza. A un costado un macizo edificio

de piedra gris dominado por una torre. Abajo, una pequeña puerta de cuyo umbral arrancaba una escalera igualmente de piedra.

Una idea: trepar por dicha escalera hasta la cumbre de la torre, contemplar la ciudad y los campos lejanos y así calmar mi prisa.

Lo hice. Es decir, empecé a hacerlo. Empecé a trepar. Pero a la altura del vigésimonono peldaño, dí un trastabillón (¡qué linda palabra!) y *La Divina Comedia* se me soltó de bajo el brazo y rodó.

Rodó escalera abajo. Llegó a la puerta, traspuso el umbral, dió de tumbos por la plaza. Se detuvo cerca del centro, se detuvo de espaldas y abierta, grandemente abierta: página 152, canto vigésimotercero. A un lado, el texto; al otro, una ilustración: entre altos despeñaderos aislados y sobre un suelo liso, un hombre por tierra, desnudo, de espaldas, los brazos abiertos, grandemente abiertos, los pies juntos, crucificado, así por tierra, sobre el suelo liso, entre los despeñaderos siempre aislados.

Dante y Virgilio miraban a aquel hombre. Bajo la ilustración se leía:

*Attraversato e nudo é per la via,
Come tu vedi, ed é mestier ch'e'senta
Qualunque passa com'ei pesa pria.*

Empezó a llover. Cayó el agua despiadadamente. *La Divina Comedia* se mojaba, se filtraba. Sus palabras se iban a derretir sobre las piedras del pavimento. Bajé, llegué junto al libro, me agaché, estiré una mano y lo cogí, con el índice y el pulgar del borde superior del lomo de cuero. Entonces tiré hacia mí. Y aquí, ¡atención!

Tiré hacia mí lentamente, dulcemente. Empezaron a desplazarse brazo, mano y libro con la lentitud de pesadilla de un caracol.

Mi brazo así, se plegaba sobre mi cuerpo. Allá mi mano retrocedía acercándose. Allá, como su presa, el libro abierto también. Y con el libro venían los despeñaderos, el suelo liso y dos figuras: Dante y Virgilio.



¡Atención! Dos figuras. No tres. Porque el hombre crucificado, crucificado siempre, no venía. A pesar de sus tres clavos, resbalaba por sobre su página, mejor dicho dejaba resbalar la página, el libro todo bajo él.

Al cabo de un momento sus pies salían fuera por la base. Sus piernas, su espalda, sus brazos en cruz, su nuca que, al dar contra el pavimento, sonó con golpe seco.

Los tres clavos se hundieron en las piedras.

Volví hacia la puerta con *La Divina Comedia* empapada y con un personaje menos.

Miré: el buen hombre crecía ahora, se modelaba. Un hombre fuerte, musculado, de negras barbas y cabello hirsuto, desnudo, crucificado, clavado por tierra al medio de una plaza y lloviendo sobre él.

Regresé a casa.

Toda mi prisa se había desvanecido. Ahora que escribo estoy tranquilo. Me rodea una paz sin igual.

FEBRERO 1°.

Hoy he hecho una experiencia extraordinaria.
Hela aquí:

Pero antes: mi mayor felicidad habría sido poseer una voz magnífica de tenor; de más decir que no canto y si canto lo hago como un cerdo.

Bien, vamos a la experiencia:

Pasé a mi saloncito, me dirigí al mueble de caoba, lo abrí, retiré de él un cuaderno con discos y luego, de mi fonógrafo, tomé una aguja.

Me puse al centro de la habitación. Allí estiré, recto hacia arriba, recto, puntudo, el índice de mi mano izquierda, mientras los demás dedos quedaban empuñados. Bien. Con la derecha entonces, coloqué sobre ese índice un disco de modo a que su agujero central se adaptara exactamente con la uña. Bien. Con la misma derecha empecé luego a golpear velozmente, raspándolo, el borde del disco hasta que lo hice girar con pasmosa rapidez. Presto entonces cogí la aguja y con mi derecha, alzada y plegada como el cuello de un cisne, hice que rozara la primera canal del canto.

Y abrí la boca.

La abrí desmesuradamente.

Entonces, a través de ella, a través de mi garganta, bajo mi paladar, sobre mi lengua, atropellando dientes y labios, atronó, retumbó por los ámbitos la voz de Caruso cantando un frenético:

*Di quella pira
L'orrendo fuoco!!*

¡Magnífico instante!

Repetí la experiencia. No dió resultados. La repetí catorce veces consecutivas. Ya se sabe lo que creo del número catorce. No intenté, pues, la décimaquinta experiencia. Lo que no impide que el día de hoy haya sido digno de ser vivido.

MARZO 1°.

Hoy he estado de duelo. Ha muerto un grande y viejo amigo mío. Murió sentado por tierra, las piernas encogidas, los brazos cruzados sobre ellas, en una pose entre momia y bebedor de mate.

Cuando llegué a su casa, aún vivía. Estaba, en la pose indicada, sobre la alfombra de su salón. Toda la familia, el médico y varios amigos aguardaban. Todos de pie, naturalmente.

Después de media hora de espera, el médico alzó una mano y murmuró:

—Ahora...

Acto continuo el buen amigo se puso a temblar. El médico murmuró:

—Es la ágonía.

Apareció entonces la mujer del infeliz. Se puso junto a él, alta, serena, imponente. Incluyó suavemente la cabeza. De sus ojos se desprendieron muchas lágrimas. Todas ellas cayeron sobre la parte posterior del pescuezo del inolvidable amigo y rodaron por él perdiéndose entre la columna vertebral y su blanco cuello almidonado.

El médico me murmuró al oído:

—Póngase usted en cuatro pies tras su amigo. En el momento de morir se va a ir de espaldas. No es posible que su primera impresión de muerto sea chocar contra el suelo por rica que sea la alfombra que lo cubre. En cambio usted. . . ¡Carne por carne, amigo mío! ¡Muerto con vivo! ¡Chaqueta por chaqueta!

Mas tuve miedo. No es lo mismo ver morir a un hombre en su cama a recibir sobre un costado justamente su chaqueta, bajo ella su chaleco, bajo éste su camisa, bajo ésta su piel que ya no vive. Y sobre todo si se halla uno en cuatro pies, en medio de un salón, rodeado de deudos tristes, mudos e inmóviles como siniestras alhuaquerecas. No es lo mismo. Así es que huí.

Al traspasar el umbral llegó a mis oídos un grito de dolor junto con el golpazo en sordina: el grito de su desdichada esposa, el sonido de su alfom-

bra recibiendo la noble espalda, la noble testa del que fué siempre el más puro de los hombres.

ABRIL 1º.

Hoy he asistido a los funerales del irremplazable amigo (1).

Me hallaba en mi cuarto derramando lágrimas, mientras mi cerebro pensaba con su primera capa, junto al cráneo, que sin el amigo la vida se me iba a convertir en un perpetuo desencanto; y mientras con su capa interior pensaba que esas lágrimas, una vez secadas y solidificadas, darían sin duda una materia que ingerida con vino, me haría sentir tales cosas, tales, que poco importaba la muerte del recordado, del inolvidable y ejemplar amigo.

Así me hallaba cuando llegaron a mis oídos los graves acordes de la marcha fúnebre de Chopin.

Exclamé:

—¡ Ya viene el cortejo!

(1). Causará extrañeza que los funerales del amigo inmejorable se hayan efectuado un mes después de acaecida su muerte, mas tal extrañeza se disipará cuando diga que ellos tuvieron efecto no un mes sino dos días después de su último suspiro. Causará extrañeza ahora que en vez de fechar marzo 3 haya fechado abril 1.º, mas tal extrañeza se disipará cuando diga que así he fechado porque así lo requiere la organización y construcción de este mi dietario.

Y me precipité como un loco a su encuentro. Mas no llegué a término. Pues las ventanas de mi casa tienen, a la usanza colonial, gruesos barrotes de hierro y contra los de una de ellas me pegué como una mariposá, como un insecto en el radiador de un auto veloz.

¿La puerta? ¿Por qué no haber tomado la puerta?

¡Ah, queridos y viejos amigos que aún vivís! Si supiera por qué me precipité hacia una ventana y no hacia la puerta, ¡ah!, podríais estar seguros que no me hallaría en estos momentos escribiendo sino que reposando y fumando en paz sin más ocuparme del amigo muerto, ni de vosotros, ni de mí mismo.

Mas no lo sé.

Por entre los barrotes, pude ver el cortejo.

Pasaban en ese momento los cosacos. Grandes, enormes, imponentes, cosacos y caballos. Cubrían los edificios de enfrente, cubrían el cielo. Iban en formación perfecta, cada uno con una sonrisa de alambre (1), cada uno peinado con gomina, cada

(1) En mi original había escrito «una sonrisa estereotipada». Lo leyó Vicente Huidobro. Me dijo:

—No pongas tal cosa. Es la frase fatal de cuantos se sienten literatos. Pon..., pon..., espera..., pon «una sonrisa de alambre». ¡Eso es!

Inmediatamente cambié la esterotipia por el alambre. Hice bien. «Una sonrisa estereotipada» es de esas frases que aun no han llegado a ser simples lugares comunes (en el buen sentido del término) como — por ejemplo en este diario — «caballero regordete»,



Gabriela Emar.

uno sobre la oreja derecha un gorro de astracán. Cada uno sobre un gigantesco caballo negro.

Pero a medida que pasaban se achicaban.

Ya se veía el cielo. Ya aparecían los edificios de enfrente. Ya se veían enteros. Ya tenía yo que mirar hacia abajo, hacia el pavimento, para contemplar los aguerridos cosacos.

Hasta que pasó el último, grande como un ratón.

Y apareció la carroza, chica, chiquita, balanceándose como un barco en tempestad ante cada ranura entre dos adoquines. Y los deudos, que marchaban a ambos lados de ella, iban ahí como hormigas, como hormiguitas, como hormiguititas . . . , titas.

¡Inolvidable amigo!

MAYO 1º.

Hoy he traspuesto el umbral de mi biblioteca. Hacía diez y siete años a que no había penetrado ni una sola vez en ella.

Mucho polvo. Mucha media luz ennegrecida

«siniestras alhuaquerecas», «amigo inmejorable», «usanza colonial», etc., etc., y que, por lo tanto, pueden ser empleadas como cualquier palabra corriente del idioma. Por otro lado, no es ya una imagen nueva o un acierto como lo es, a mi parecer, la frase de Huidobro. Está, pues, justamente en ese término medio soso que pasma a los últimos barrigones y atrae a los primeros literatoides.

Van aquí mis agradecimientos por la justa advertencia.

por el tiempo. Una mosca que zumbaba alrededor de la lámpara, ¡diez y siete años! Y sobre la mesa de trabajo, los *Cantos de Maldoror* del Conde de Lautréamont.

¡Cuánta emoción al volver a ver mi vieja estantería! Se desprendía de ella una tibia temperatura. De cada libro colgaba una rama marchita. Silencio.

Silencio, sí. . . Mas pronto mis oídos, habituándose a él, percibieron un leve, levísimo rumor, un rumor de trituración menuda casi microscópica, pero implacable.

Me dí cuenta en seguida de lo que estaba ocurriendo.

Esos bichitos bibliófilos que ignoro cómo se llaman, esos bichitos que hacen su pan de las bibliotecas abandonadas, se estaban nutriendo con todas las palabras que mil autores habían enmudecido y plasmado en mi estantería para que yo, cada vez que el Demonio me lo insitara, las sacara de su mutismo y las hiciera rehablear a mis oídos.

Cogí el libro de Lautréamont, lo abrí y lo examiné.

Había sido atacado sólo por un bichito, nada más que por uno. Su cadáver, por lo demás, se hallaba sobre la mesa, dos pulgadas más allá. Cadáver desolado en la planicie, cadáver insepulto sobre el

polvo. Hé aquí la obra que había realizado cuando la vida lo animaba:

Había empezado por abrir un orificio en la tapa posterior del libro, justo al frente del sitio ocupado por la última letra de la última palabra de la última línea del último canto. El canto termina diciendo:

“No es menos cierto que las colgaduras en forma de medialuna, no muestran ya la expresión de su simetría definitiva en el número cuaternario: id allí vosotros mismos si no queréis creerme”.

Pues bien, la bestezuela había perforado la e de “creerme”.

Luego había seguido su lento y laborioso trabajo. Mas no como cualquier espíritu superficial lo imaginaria, no recto hacia arriba, no, de ningún modo. Lo había seguido en plano inclinado, en plano oblicuo, trepando suavemente, en ángulo muy agudo, trepando segura, precisa, exacta, en su fino túnel de tinta y de papel, en demanda de la primera letra de la primera palabra de la primera línea del primer canto. El canto empieza diciendo:

“Plugue al cielo que el lector, envalentonado y sintiéndose momentáneamente feroz como lo que lee, encuentre sin desorientarse su camino abrupto y salvaje, a través de los pantanos desolados de estas páginas sombrías y llenas de veneno”.

Pues bien, la bestezuela había por fin perforado esa primera P.

Y como el libro se hallaba con su tapa abierta, la bestezuela había vuelto a ver, después de meses, acaso de años de sombras y desconsuelos, de aullidos e imprecaciones de Maldoror, había vuelto a ver la luz tamizada de mi biblioteca silenciosa.

Se había traspasado con toda la desolación “abrupta y salvaje” de esas 280 páginas de “pantanos envenenados” y había recibido en su cuerpecito diminuto — como un nuevo Cristo de nuestros últimos hermanos — cuanto los hombres, cuanto un hombre, puede clamar rebelándose y desgarrándose.

¡Noble bestezuela! En su lúgubre peregrinaje sólo una vez vió brillar una esperanza: en el canto segundo al atravesar, hoja por hoja, el himno al piojo. Y cuando a su simple sistema nervioso llegó la voz que decía:

“No sabéis vosotros por qué no os devoran los huesos de la cabeza, contentándose con extraer, con su bomba, la quintaesencia de vuestra sangre. Esperad un instante, os lo voy a decir: es porque la fuerza les falta. Estad ciertos que, si sus mandíbulas fuesen conformes a la medida de sus votos infinitos, el cerebro, la retina de los ojos, la columna vertebral, todo vuestro cuerpo entre ellas pasaría. Como una gota de agua”;

entonces la bestezuela, desde su prisión som-

bría, elevó hacia Lautréamont sus "votos infinitos" de infinito reconocimiento.

Mas todo aquello había sido para ella una experiencia demasiado cruel. Apenas fuera de su penoso trabajo, echó a correr.

Cayó del libro a la mesa. Siguió corriendo. Pero dos pulgadas más allá sus dolores estallaron y, al estallar, se llevaron al gran Todo su alma microscópica.

¡Noble bestezuela!

Hoy, bajo *El Cantar de los Cantares*, le he dado piadosa sepultura.

JUNIO 1°.

Hoy he vivido de furia en furia, rebotando así, una, dos, tres, una furia, otra furia y otra más.

Primera:

Salí de casa. Frente a la Escuela de Altos Estudios Politécnicos había un grupo de viejas harapientas que hacían cola al lado de la puerta principal. Por cierto estaban en espera del algo, pero, ¿qué pueden esperar once viejas de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos?

Esta pregunta me atravesó como un proyectil.

¿Qué pueden esperar? Y fué suficiente: la furia me dominó.

Pues, al fin y al cabo, yo iba por las calles y pasaba frente a dicha Escuela: 1º.) gozando de todas las prerrogativas de libertad a que es acreedor, en una República modelo, todo ciudadano honesto, y 2º.) gozando ampliamente de mi propia libertad que, desde el momento de despertar, había decidido no formular a mi mente pregunta alguna.

Sin embargo, apenas llevaba cien metros andados, once viejas me clavan en la acera impidiéndome todo avance y desmintiendo las libertades republicanas; y una pregunta se me planta al frente desmintiéndome todas las afirmaciones, que durante 40 años he hecho, de que soy un hombre libre que sólo se pregunta lo que a él, y no a otros, se le antoja preguntarse.

¿Qué pueden esperar de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos once viejas harapientas? Primera furia. Me costó un esfuerzo inaudito despegar los pies del asfalto y poder proseguir mi marcha.

Segunda:

Despegué los pies y marché. Solo. Los transeúntes que cruzaba, me resbalaban como sobre hielo. Solo, mas con mi primera furia. Y un hombre solo con una furia... es peligroso, sí, peligroso... para él, no para la furia.

Me encaminé entonces a la casa que habitan mis amigos.

La casa tiene nueve pisos. En cada piso hay un departamento. En cada departamento habita un amigo mío. Total: nueve amigos ascendentes: el del primer piso es un amigo grande y sincero; pero el del segundo, lo es más; y el del tercero, más. Y así, a medida que suben los pisos, sube también la amistad que nos une; hasta el noveno.

Cuando reina la paz total en mi espíritu, cuando en él no se percibe ni un oleaje, visito a los amigos del primer y segundo piso. Mas cuando alguna pasión empieza a removerse dentro de mí, voy trepando por las escaleras en proporción exacta de la potencia de tal pasión. Raras veces visito al entrañable amigo del noveno. Pero las veces que lo visito, nuestra amistad se explaya, estalla, como una bomba colosal.

Después de las once viejas, llegué al umbral de la puerta de la casa de los nueve amigos. Cálculos hechos y furia pesada, decidí dejar atrás al primero, al segundo, al tercero y al cuarto y toqué la campanilla del departamento N.º 5.

Cordiales saludos. Luego le expliqué al gran amigo las causas que me habían llevado hasta su casa. Me escuchó atentamente. Al fin me dijo:

—¡Qué hermosa mañana la de hoy! Asómate

al balcón. Nada temas. Aunque mucho hayas tranquilado a través de ella sin encontrar quietud, no es lo mismo, te aseguro, contemplarla desde arriba sin tranquilarse.

Me asomé para contemplarla. ¡Hermosa mañana, de verdad! Principios de invierno. Aire frío. Y un sol esplendoroso.

Sí, sol, mucho sol. Por eso abajo, en las aceras, en las calzadas, por eso cada hombre al pasar, llevaba a su lado su sombra.

Segunda furia:

Irremediablemente una sombra para cada hombre. Irremediablemente una imitación perfecta en la sombra, de cada movimiento de cada hombre.

Furia. Mas distingamos. Hay un distinguo que da la clave de por qué ésta — la de las sombras — vino a colocarse encima de la otra — la de las viejas —, encima, sin mezclarse en una furia total. Hay algo que explica por qué quedó sobrepuesta, aislada, de tal modo que la primera pudo conservar toda su presencia y fuerza y la segunda, de igual manera, conservar las suyas. ¡Doble peso para mí! ¡Doble cólera! Pero vamos al distinguo:

En el primer caso las viejas fueron el pretexto que inflamó mi furia. Pero mi furia entera recayó sobre mí mismo, y las viejas, mal que mal, quedaron excluidas de ella.

Mi furia tal vez rondaba en torno mío, sin penetrarme, y yo iba dentro de su atmósfera, libre, tranquilo, ignorándola como al aire que se respira distraído.

Topa ella en las once viejas, se materializa en forma de interrogación. Rebota. Se apodera de mí porque la interrogación me envuelve, estrujándome y preguntándome cómo es posible que el hombre soberano pueda ser detenido ante la primera contradicción callejera que no atina a esclarecer: la ancha puerta de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos alargando desde su umbral por la acera once viejas harapientas.

Furia contra mí, hombre cuarenta años soberano.

Ahora en el segundo caso es todo muy diferente. ¿Qué furia cabe contra mí mismo, hombre suelto y aislado en la radiante mañana de un balcón? Pero hay cólera, odio a muerte, contra todos los demás hombres que pasan por el asfalto, hombres que pasan del costado sombrío de la calle al costado del sol esplendoroso.

Pasan. Pasan de la sombra a la luz, de la luz a la sombra. Como un chorro que se les desparra-mase de los pies, alargan un apéndice sombrío sobre el suelo luminoso. Llegan a la sombra: por los pies también, chupan su apéndice que se pierde piernas

arriba y desaparece. Así todos, sin excepción todos.

Miro sus rostros. Tengo una pequeña esperanza: por lo menos que en algunos, en dos o tres, haya un cambio de expresión al desparramarse en el sol, al chupar el desparramo en la sombra. ¡Nada!

Se ocupan de todo, todo les cambia la fisonomía: otro transeúnte, un auto, un tranvía, una muchacha en su ventana, el periódico, el tabaco, un perro de la calle. Todo, menos lo que de ellos mismos se desprende hacia el suelo, lo que ellos mismos absorben con el cuerpo entero. Acaso porque, de tanta cosa, esto es lo único inexorable: sombra en el sol, nada de sombra en la sombra.

Pasan. De todos lados, para todas direcciones. Cambian sus fisonomías hasta frente a una mosca extraviada entre coches y faroles.

Mas no ante lo inexorable. Ni un cambio, ni un gesto, ni una pequeña mueca. ¡Hombres cobardes!

Por lo menos si uno, uno sólo durante el día, de pie al centro de la calzada, protestara a voz en cuello, los puños alzados contra el cielo, protestara al desparramar sombra en el sol, protestara al no dibujar con brillo de ascuas su silueta sobre el pavimento sombrío. ¡Nada!

¡Hombres cobardes!

Mi cólera mortal va hacia ellos. No hacia mí.

hombre puro, elevado en el marco de un balcón amigo.

Primero contra mí mismo; después contra los demás. Por eso las dos furias han podido sobreponerse, cada una con su propia fuerza. ¡Doble cólera para mí!

Y pasa ahora, calmadamente, a trote corto, un viejo victoria, con su cochero viejo y adelante un viejo jamelgo. Y los tres, cochero, coche y jamelgo, proyectan sobre el oro del pavimento tres vejestorios azulados que vibran con trote corto...

Quinto amigo del piso 5º, no bastas para calmar tal desenfreno.

Me despido. Sigo trepando las escaleras. Me detengo. Suena la campanilla del 9º piso del noveno amigo. ¡Adelante!

Tercera:

Mi amigo no me dice palabra alguna. Sólo con un gesto ligero me indica su balcón. A él voy: principios de invierno, aire frío y sol.

No vuelvo a mirar las calles. Ahora miro al frente, otra casa, grande como ésta en que estoy. Ventanas y más ventanas. Por ellas atisbo hacia la vida del interior.

Tercera.

La casa de enfrente. Apenas la ví, una idea me llenó entero, me fulminó: la idea de "un todo".

Allí no había partes y, de haberlas, eran secundarias. Pisos, ventanas, muros y demás... , secundario. Una casa, un total, un ser. La casa allí, fija en un punto de la ciudad, del mundo entero. Una casa, ella sola. Un solo destino para ella, para toda ella, hasta su propio y definitivo fin que es, justamente, su destino. Como el destino mío que es uno hasta mi muerte: el curso de mi vida. Y si mi mano derecha tiene otro destino que mi mano izquierda, tal diferencia es un solo y único destino: el mío.

En la casa de allí enfrente, lo mismo.

Para los seres de la casa de allí enfrente, lo mismo. Porque ellos son de la casa, ella los engloba y si cada cual pretende tener — además — el suyo propio, prima siempre el del total: la casa.

Yo, del otro lado, estoy aparte. Otra es mi suerte, otros mis designios. Estoy fuera de toda esa corriente de vida. Solo, lejos y miro.

En un piso se afanan algunos vendedores extendiendo y balanceando sedas ante una dama que palpa y husmea. Encima, varias dactilógrafas escriben. Encima, justo a mi altura, se desayuna una familia: un señor, una dama gorda, una muchacha y un chiquilín. Y encima de éstos y ya de mí, cada medio minuto aparece tras el vidrio y sobre el alféizar la pelada de un vejete, a veces sus anteojos, rara vez su bigote cano, pero siempre — de medio

en medio minuto — su calva que se detiene un instante, gira y desaparece en la ceniza de su habitación.

Total: la casa, el destino de la casa con sus globos.

Yo, otra suerte, otros designios.

Pero:

Tercera:

Yo veía lo que ellos hacían. Y ellos no se veían entre sí.

Primera: ira contra mí mismo. Segunda: ira contra los demás. Ahora: ira contra Dios.

Pues yo, en el balcón del noveno amigo y frente a mis vecinos, hacía en pequeño, en miniatura, en piojo, el rol de ver en globo — aunque más no fuese el costado de una casa — lo que los de ese mismo globo veían seccionado. Un aspecto del rol de Dios.

¡El vejete de los medios minutos! La vez, por ejemplo, que, acercándose un poco más a su ventana, mostró sobre el alféizar su bigote:

En ese mismo instante el señor de abajo tosió y una de las dactilógrafas del piso inferior volvió bruscamente su cabellera dorada. ¿Y qué?

Algo, mucho:

Evoqué el último siglo de la era humana. Multipliqué más allá de todas las posibilidades de mi mente cuantos sucesos estén por acaecer y los lancé

más allá de la Tierra, a los planetas, al Cosmos entero para implicarlo a su vez. Enormidad de hechos en inmensidad de tiempo.

Pues bien, por enormes que fuesen los hechos, por inmenso que fuese el tiempo, jamás, jamás un pequeñito hecho minúsculo en un instante fugaz e incoloro, jamás, jamás sería sabido por aquellos que fueron sus actores. Jamás por ellos. Y sí por mí.

Jamás el vejete sabría, jamás sabrá que junto con despuntar su bigote tras los cristales, un hombre, un señor de su propio total, había lanzado por los aires un tosido. Y éste tampoco sabrá — por más que hechos y tiempo se agiganten — que su tos correspondió exacta a una cabellera de oro espumoso en el momento de voltearse.

Esta línea de coincidencia que cayó instantánea como una aguja inmóvil, traspasando en un mismo instante de tiempo esas tres puntas de hechos, esta línea que los enlazó en un instante único y común para ellos tres, esta línea la ignorarán para siempre aunque prolonguemos el tiempo y los sucesos fuera de todos los cálculos posibles.

Y yo la sabré mientras dure mi propia eternidad.

En ese momento la dama que palpa y husmea estuvo inmóvil. Mas pudo haber hablado o haber

elevado una seda anaranjada por el aire de su cuarto o haber vacilado para caer inanimada.

Yo lo habría sabido.

Pero el vejete aquel, no. Nunca habría sabido que su bigote cano, tocando las maderas pardas de su alféizar, era la misma línea, exactamente la misma, de una mujer cayendo herida entre sedas.

Yo, sí.

La mujer habría muerto. Su alma, llevando sus méritos y pecados, habría volado hasta el trono del Sumo Hacedor y allí se habría deshecho para ser vista y juzgada. Mas cual pudiese ser o no ser su suerte, seguiría — alma marchando, penando — ignorante de que su desprendimiento había sido una sola línea de coincidencia con el volteo del oro de la muchacha, con el sacudimiento de hipos del hombre, con el bigote del vejete apuntado hacia la calle como los colmillos de un perro en furia.

Ignorante ella. Yo, no.

Algo, sí, mucho. Es mucho haber tenido un poco — por poco que sea — de la visión de Dios sobre cuatro seres que en una casa en un instante son “uno” y que no atinan a saberse, ni lo atinarán jamás.

Ira contra Dios. Ira por haberme hecho sentir — aunque sólo por un mínimo instante y aunque conservándome mi calidad de mínimo ser — una mínima parte de Su rol. Pues quiero permane-

cer en el mío, sin distracciones ni vislumbres, rol de hombre gusano que se arrastra y que, si es mucho su desamparo, llame y clame, ante todo, a los Infiernos.

No bastas tampoco, noveno amigo, para devolver la paz a mi espíritu.

Nueve pisos en sentido inverso. Calles, trancos. Y ahora buscar la calma por otra senda.

JULIO 1°.

Hoy he vagado sin rumbo. Tras de mí, paso a paso, el dedo de Dios. Lo he sentido a todo momento. Dos veces se me ha clavado en la nuca.

Mas lo ha hecho en forma leve, en forma equívoca. Lo ha hecho como vislumbre de una vislumbre, enredándome en mis propias apreciaciones sobre su identidad.

Pues he aquí cómo han pasado las cosas:

Iba yo por una avenida central de gran movimiento. De pronto un accidente: una góndola y un auto se estrellan. Tumulto, vociferaciones y demás. Dos hombres se abofetean. Heridos, un muerto, Asistencia Pública, carabineros. En un momento me pareció que aquello iba a cambiar el rumbo de la ciudad entera, por ende del país. Pero en un minuto,

acaso en menos, todo se apaciguó. Como por obra de magia fué la desaparición general: querellantes, policías, Asistencia Pública, curiosos, todo. Volvió la circulación normal de la avenida sin conservar ni una huella de lo ocurrido, ni una sola.

Pues bien, junto con recobrar la vía su rostro habitual, apareció por una esquina, Estanislao Buin, con su carpeta de bonos y acciones bajo el brazo, con sus anteojillos de oro y su lomo encorvado, apareció a grandes trancos sonoros. Y pasó.

Pasó al lado — ¡qué! —, encima, pisoteando, taconeando, el sitio mismo, el punto exacto donde, segundos antes, se estrellan dos vehículos, se abofetea la gente, se hieren varios, fallece uno y acude el orden público. Y pasa, repito, por allí mismo, pasa, tranco y tranco, sin apercibir nada, sin nada husmear, borrando casi la veracidad del accidente anterior, y presentándose como ser inverosímil al costear así, de un milímetro, de medio milímetro, un hecho sensacional, sin saberlo, sin haberlo sabido, sin ir a saberlo jamás.

Quedé más de veinte minutos inmóvil en mi esquina sin comprender, o más bien comprendiendo como absurdo, estos rodajes de destinos, estos hilos culebreantes que se enredan, se entretrejen y no se tocan nunca, perdiéndose cada cual en un mundo de ignorancia, codo a codo, en un mundo de no saber.

Seguí vagando. Ahora voy por una calle plácida con pequeños jardines de un lado, casitas residenciales del otro. Una de ellas: la de un amigo, un conocido, mejor dicho, cuyo nombre callaré por la muy simple razón de que me es altamente antipático y de que le considero como uno de los más preclaros representantes de nuestra imbecilidad.

Son las 3 y 32 de la tarde. Las ventanas de su gabinete se hallan cerradas en su parte inferior, abiertas en la superior. Signos inequívocos — el de la hora también — de que el sujeto está allí dentro. Por lo demás, por otros datos, sé que allí está. Sobre este punto no hay dudas posibles.

Bien. Este personaje desear verme, necesita verme, mi presencia o no presencia ante él puede variarle en favor o en contra su destino. Pero varias circunstancias (que he de callar también), nos obligan a encontrarnos por mera casualidad y nada más. No hay cabida para otra solución.

Resumen: él allí dentro; yo por la calle pasando.

Paso frente a su casa, lentamente.

Soy su destino, un posible cambio en su destino que él anhela y necesita. Las 3 y 33 exactas. Frente a su ventana. Tras ella, el hombre sumido en sus viejos pergaminos. Paso.

Paso, me alejo. Ya estoy fuera, lejos de su órbita.

No ha sabido, no, que parte de su destino acaba de pasar, lentamente, junto a él, que habría bastado un paso hacia adelante para hallar la ocasión casual de enderezar tantas líneas que se le han torcido en su existencia.

No ha sabido nada. ¡Nada! Ni siquiera un estremecimiento en una punta de una hoja de un pergamino. Ni una mosca inoportuna que le obligase, justo a las 3 y 33, a cortar su labor con algún gesto diferente. ¡Nada!

Y lo que pasa soy yo. Con un dedo de Dios clavado en la nuca y obligándome a avanzar.

Dos clavadas en poco rato. Total: cansancio, fatiga.

Mas por la noche, hoy por la noche, vendría la distracción, por lo tanto, el reposo. Comería con nosotros, con mi hermano Pedro y yo, el cínico de Valdepinos. Cínico será, pero su charla, justamente cínica, disipa, por eso mismo, toda modorra, toda preocupación.

A las 9 en punto se ha presentado en el umbral de casa la alta figura del cínico de Valdepinos.

Antes de proseguir:

Hay dos cosas, dos entes, que deberían marchar siempre unidos en la vida, mejor dicho — pues

la suerte no a todos acompaña—, que deberían haber marchado. Porque es la verdad que el destino los ha echado de un lado y de otro y no les permite juntarse, al menos mientras uno de ellos se halle en este bello país de Chile, o el otro no encuentre los medios de abandonar su dulce tierra de Francia: el cínico de Valdepinos está aquí; el Pernod, allá.

Pero esto es en principio, es como quien dijera “la Ley”. Mas en la práctica, en una práctica floja, agonizante, las cosas no suceden exactamente como la ley lo exige: hace algún tiempo, un amigo que vive en París, me ha enviado dos botellas de Pernod.

La primera, meses ha a que se ha vaciado, mas la segunda se destila suavemente. Hoy por hoy guarda aún la mitad de su contenido. ¡Mitad que hay que defender, como la tierra de honor, pulgada por pulgada! Acaso al vaciarse su última gota sea ella la última que se vacie en la historia chilena.

El cínico de Valdepinos come y charla. Tras él, un aparador en uno de cuyos compartimientos monta guardia el medio litro final, silencioso, espeso, y de ópalo. ¡Si lo supiera el cínico de Valdepinos!

Comemos, charlamos. Pero yo siento que algo destemplado cruza de cuando en cuando por encima de nuestros platos.

De pronto Pedro es atravesado por un recuer-

do: en el mismo aparador, al fondo, ha guardado una vieja botella de tinto. Se levanta con estrépido, abre, sume la mano, la retira: entre sus dedos viene la botella de Pernod.

Pedro, con su insoportable ligereza, con su imperdonable atolondramiento, la alza por los aires y, ponderando siempre su viejo tinto, la asienta con igual estrépito encima del aparador, precisamente, tras la cabeza del cínico y grande amigo.

Allí está éste; al frente yo. Dibujo su rostro afilado de avechucho malicioso, su calva naciente. Sobre ella, coronándola, como otro avechucho encaramado en la cabeza del primero, el Pernod.

Y el cínico de Valdepinos traga y charla, sigue indiferente e impertérrito a la vez la historia de una anciana histérica que conocemos los tres.

¡Venticuatro segundos! Pedro busca su tinto, lo encuentra, lo eleva, lo palpa. ¡Veinticuatro segundos!

Su mano se alarga, coge el Pernod. El Pernod desaparece. Se cierra el aparador... ¡Santo Dios! Durante veinticuatro segundos — repito — el mayor deleite de ese hombre ha estado sobre él, se ha detenido allí tras él! Una vuelta de ojos, y habríamos agotado hasta el último sorbo y otras habrían sido nuestras ideas, otras nuestras andanzas y seguramente otros nuestros destinos.

En todo caso — estoy cierto — para el cínico de Valdepinos.

Mas no supo nada. Ni sospechó siquiera que diez o quince centímetros tras su cráneo permaneció por casi medio minuto lo que para él habría sido el dulce alivio a sus añoranzas parisinas.

En este momento debe ir a trancos solitarios por una calle obscura. ¡Pobre Valdepinos!

Cuanto a mí, he vuelto al sitio ocupado durante la comida. He sacado la botella de Pernod y la he vuelto a colocar en el mismo sitio en que la irreflexión de Pedro la colocó:

Lo que yo fuí para el tío de los pergaminos, lo fué ella para el cínico de Valdepinos. Y el cínico de Valdepinos fué, además, para ella lo que Estanislao Buin para el accidente de la avenida.

Mas nadie — ni hombres ni botella — nada ha sabido.

Salvo yo.

Hoy, por lo tanto, y nuevamente, ira contra Dios.

AGOSTO 1°.

Hoy he pasado un buen momento seguido de otro de grave preocupación.

Muy de mañana apareció en mi escritorio César Miró. Tomó asiento. Guardó silencio. Luego me contó lo siguiente:

Había amanecido alegre. Había saltado de su cama lleno de optimismo. Se había asomado al balcón y alegría y optimismo no habían hecho más que aumentar: en medio de la Plaza de Armas, rodeado de público atento y entusiasta, había divisado, hablando con voz potente, a su "Hombre vestido de verde". ¡Buen comienzo para un día! Luego había vuelto a su cama y había cogido el periódico.

Hasta aquí el buen momento suyo y, por amistad, mío. Pero sigamos:

Está Miró ligeramente recostado. Sus dos brazos caen a lo largo de la cama. Entre ellos, el periódico, tendido, abierto y en espera. Aún no es tiempo de leer. Se piensa en el espectáculo de la plaza. Sí, pensemos en él.

Mas pronto empieza a desprenderse de las páginas del periódico un ligero murmullo universal, que zumba alrededor de los oídos. Hay que leer. Miró las alza frente a sus ojos hasta dejarlas perpendiculares a la superficie de las aguas dormidas, vale decir a su cama, a su cuerpo, a su suelo, a esta tierra. Las alza con gesto brusco, instantáneo. Las alza y mira. Y empieza aquí el segundo momento, el de grave preocupación:

Junto con alzarlas y quedar perpendiculares, todas las letras de todas las palabras de la primera página, todas sin excepción alguna, se aflojaron, se desprendieron y cayeron con titilante ruido de cascabeles.

¡Buen amigo! Solo en su cuarto con una hoja en blanco ante su vista. ¡Buen amigo! Cubierto de miles y miles de letras desparramadas sin significado ni razón.

Y ahora la penosa tarea de volver a hilvanarlas, unas tras otras las miles de miles, hasta que vuelvan a significar lo que ayer ocurría en todos los rincones del mundo.

Coge dos "A", que han de ser, a no dudarlo, las que nombraban a SU ALTEZA en su matrimonio. ¡Algo hay avanzado! Pero pueden ser también las que decían a una RAMERA que puso fin a sus días.

Coge una "S", coge una "E": No hay periódico que no estampe, día a día, en su primera página a Su Excelencia y lo nombre así: "S. E." Vamos, de este modo, por camino seguro. Pero una duda se yergue, la duda de un profundo error: esa "S" puede haber sido la que iniciaba los Sepulcros violados anoche; esa "E" la que iniciaba los Esclavos disimulados que aún gimen calladamente en cada punto de cada continente.

¡Tarea delicada! ¡Tarea erizada de peligros que acechan la paciente y casi interminable labor de ajustar cada letra caída en el significado que la dió a luz!

Más vale dejar allí tal embrollo y venir por el consejo de un amigo.

Miró se pasea a lo largo de mi escritorio. A cada paso de desprende de su ropa una letra enredada en ella. Junto a mis zapatos yace una "f"; una "t" cuelga de la reja de mi ventana; una "o" rebota contra el suelo, rueda ahora y, en su rodar, atropella a una mosca que plácida tomaba el triángulo de sol matinal que siempre a las 9 me visita.

No atino a dar ningún consejo.

César Miró se marcha.

Al traspasar mi umbral, ha dejado caer en él una "i" minúscula, ínfima "i" de alguna palabra perdida que en un momento tuvo un significado cualquiera. Ahí está erecta, equilibrando su punto diminuto.

Mientras viva en esta casa bien me cuidaré de no pisarla. Haré un rodeo y le haré un saludo. Y ella permanecerá en mi umbral como un centinela que impida salir a las calles mis preocupaciones domésticas, e impida entrar a casa mis visiones callejeras.

SEPTIEMBRE 1º.

Hoy he venido a la costa. Tantos dedos de Dios, tantas preocupaciones graves, me han inducido a abandonar la ciudad y buscar el equilibrio frente al océano.

Me he sentado entre rocas: a mis pies las olas y todo cuando cantan los poetas.

He mirado una de ellas por espacio de una hora o más. Se inflaba, resbalaba, estallaba, se deshacía... Pero como volvía a repetirse en igual forma, era siempre la misma, durante toda esa hora y más, durante todo el pasado y seguramente el porvenir también.

Hecha ya esta constatación y ya inquebrantable mi fe en ella, me dispuse a enfrentar otras meditaciones, pero antes quise medir, delimitar con toda exactitud, el tamaño de la ola única, como espontáneamente hacemos, para luego poder seguir nuestra marcha, ante un árbol, un animal, un semejante, ante cualquier cosa que topa con nuestros ojos y pide ser conocida.

En esta tarea empleé más de una hora, acaso dos, acaso tres. Y el resultado fué no medir, no delimitar nada. Porque:

Viene la ola recogida bajo su propio lomo. Vie-

ne sórdida y largamente temblante. Sin duda, esconde la cabeza, hunde la cabeza hacia el fondo, no queriendo profanarla con las brisas, con el Sol, con el azul y los pájaros. Toda ella piensa hacia las honduras. Y yo sólo veo el dolor de su lomo descubierto.

Eso es. Tenía ante mi vista un vasto dolor. Pero mientras no ubicara claramente un cuerpo definido que lo experimentase, tal dolor iba a quedar en grises, en humos, desorientado sobre el mundo.

La ola. La ola es una, una sola entidad. Es ésa, absoluta en su existencia. Esa ola única es la que sufre. No importa que se deshaga. Se rehace. Rehácese mil veces porque aquel dolor subsiste.

Bien. Pero delimitemos con rigor el cuerpo sufriente. Ese cuerpo que avanza, que se ondula, espeso, que muge.

Ahora se retuerce, se ribetea de blanco, se curva, truena. Saltan cien chorros de espuma. Allá atrás las flores tiemblan. Allí al frente el Sol tiritita. Un hombre se detiene. Un perro ladra. Saltan los abanicos blancos por todo el firmamento. Y a mi lado, aquí a mis pies, por entre una angosta encrucijada de piedras húmedas, un filo de agua, ágil como un lagarto, pasa veloz, trepa, lame... Se detiene y retrocede chasqueando hacia la única ola.

Midamos.

La ola única, como un pulpo, ha extendido sus

tentáculos. Uno de ellos ha venido hasta mí. Esta agua silbante es siempre ella, está en su medida, dentro de sus límites. Prueba de ello es que se recoge hacia el cuerpo.

Nuevamente se estira. Mejor dicho, estira un tentáculo. Viene. Salpica. Llega a tres metros más atrás de mi puesto. Alcanza una pequeña poza donde se hunde un instante, donde toca, palpa, escarba. Debe coger granitos de pátina violácea y salada. Debe sentir un placer dulce, aterciopelado, al pinchar con su último extremo la poza húmeda y perfumada.

La poza tiene dos concavidades. Primero una grande, luego una menor. Ambas casi circulares. Podría ser un 8 tendido, la base hacia el mar, la cabeza hacia la cordillera.

El agua se revuelca aquí dentro. Inunda la primera parte, la registra hasta en sus últimos recovecos, explora hasta las últimas rendijas. Toca el cuello de unión. Lo examina rápidamente y con certeza. Pasa. Se abalanza. Llena la segunda concavidad. La ola única, sumergida ahora en el océano, siente un gozo salobre y sano, gozo mil veces repetido en todo este vasto campo de rocas y encrucijadas.

Bien. A mí sólo me incumbe este final a mi lado:

Dentro de la poza en 8 el agua ahora trata de regresar. La de la concavidad pequeña busca paso hacia la mayor. Vuelve a revolcarse. Cada pedazo de agua quiere ser el primero en traspasar el cuello. Ninguno quiere quedar estancado allí durante el intervalo entre dos movimientos. La poza chica entera lucha, se mueve, se agudiza, clama por su vasto mar de origen. Entera esa agua añora la línea azul del horizonte profundo.

Y yo, desde mi puesto, miro la vida reducida y agitada a la vez del agua de la segunda poza.

Vive. Cumple un cometido. Llega y se marcha, llega. Ya he dicho: añora.

Por lo tanto no es la ola. Es una entidad aparte, una unidad independiente. . . ¿Entonces?

Al monstruo grande habría que marcarle fin en el cuello del 8. La cabeza de este último, la que mira hacia la cordillera, se ha independizado, se ha individualizado. En todo ese ser inmenso, vivía otro ser diminuto, ser confundido en la grandeza, pero conquistador de su personalidad, aguzador de sus instintos, apenas solo entre piedras.

Delimitar en el cuello. . . Mas el cuerpo del 8 vive otro tanto. Las mismas fases, la misma tragedia. Y a lo largo del filo de agua no sólo hay semejanza con el lagarto: hay tanta vida como en él.

Pues bien, por ese filo seguí hasta caer por fin al mar.

Dí de golpe con los ojos frente a la ola en su momento de estallar. Pocos minutos de contemplación a la pequeña poza habían cambiado totalmente el panorama de las aguas.

Cada trozo de ellas, cada uno en la ola, vivía por su parte. Cada sección abarcada por mis ojos, en cada fijación de ellos, era un ser aislado, con su voluntad y sus pasiones, en medio de millones de otros corriendo un destino paralelo . . . , paralelo, nada más. Entonces la ola única, como ser único en su monstruosa enormidad, no existía, no era. Era tan sólo un resumen de destinos diferentes unidos por un designio superior, designio sin cuerpo, sin materialidad, sin cabeza, sin cabeza hundida, sin lomo doloroso rozando el aire.

La ola única no era más que una marcha común. Una marcha, una voluntad, una abstracción.

Viviente en materia, en cuerpo, en nervios, era únicamente cada círculo dibujado sobre el total por los rayos de mi vista. Como el chorro aquel que irrumpe erecto, blanco, hasta el cielo, que arriba se quiebra en fuegos de artificio. Aquí en mi vista no ha habido fijación; lo ha seguido de abajo a arriba, cantando también como un pájaro. Y justamen-

te arriba, donde ambos, chorro y vista, se han detenido, cien puntas de agua en cien direcciones se han individualizado a su vez por una breve vida de un segundo y han hecho, de los largos metros del chorro, su destino global que las doblega.

No puedo más que detenerme ante cada gota. Cada una de ellas será la única realidad vital, personal, como yo, como todos los hombres y bestias que aisladamente caminan y penan, solos, con un destino y un mundo solo dentro del cuerpo.

Nada más que las gotas, nada más, porque mis ojos están hechos para no dividir más allá.

Allí los ojos se detienen. Allí detengo. Hasta empezar de nuevo — gotas, ola única, pozas, chorros —, inclinado sobre el silencio de un microscopio.

Mejor seguir a la inversa. Delimitar en grande, resbalando por sobre el lomo inmenso.

Así lo he hecho.

Ha procedido como un tubo abierto en sus dos extremos, pues, se ha desparramado hasta la infinidad del océano. No más pequeños seres individuales agitándose en un movimiento común: ahora partes movientes, miembros, de un solo ser que crece, se agiganta, a medida que mi imaginación navega por encima de los horizontes. Pero no he fijado los ojos en ninguna parte para no despertar y hacer bai-

lar a los millones de pequeñitos individuos que saltarían al ser chocados por mi vista.

Bien me he guardado de ello. Hasta que he tenido que mirar al cielo: cinco patos silvestres van pasando en triángulo.

Es preferible tener que entenderse con patos — aunque sean cinco —, que con las olas embravecidas. El hombre, por su tamaño, ocupa, más o menos, el punto medio entre el átomo y la estrella; por eso le es más o menos igual ocuparse del infinitamente pequeño o del infinitamente grande. Pero por tamaño, o por lo que sea, ocupa un punto mucho más cercano al pato que al océano. Por lo tanto es cosa sin sentido ocuparse de éste cuando ante su vista pasa aquél.

Prueba de ello es que si un dolor llegara de los patos — como llega de las aguas —, mi tamaño podría acto continuo, verificar exactamente el tamaño y la ubicación de quien lo siente. ¡Un pato! ¡Allí va! Llego a experimentar con nitidez su propia vida volando. Cada uno de sus aletazos golpea en mí. Pero junto con él van cuatro más. Los englobo con la vista. Mi punto de mira ya no es uno, sino el triángulo agudo que surca el aire. Cada pato esfuma su vida propia dentro de la vida propia del triángulo que marcha. Y si me colocara alto, muy alto, hasta dominar cientos de grupos de patos vo-

lando y evolucionando, cada pequeño triángulo se esfumaría también con vida y todo, y aparecería únicamente vital el conjunto de todos ellos, bicho único, única voluntad y vida. Y cada grupo — ¡qué decir cada ave! —, un miembro, una célula agitándose, como nuestros glóbulos en nuestra sangre y ella en nuestro cuerpo entero.

¡Más alto! ¡Elevémonos más, siempre más!

Todas esas manchas escurridizas, allá abajo, formadas de diminutos puntos negros, no serían más el inmenso bicho único sino una savia, una médula de él que ahora sería, el pedazo entero de costa y mar, la región bajo mis ojos, viviendo, sintiendo, buliendo.

¿Y más alto? Ya tal vez la Tierra entera sólo podría ser una realidad viviente. ¿Y mi pato?

Pasa. Allá va. Mas se me ha deshecho entre los dedos.

Me he puesto en marcha a saltos por las rocas. He marchado tratando otra vez de no asentar los ojos sobre nada para que la vida no se multiplique o no se unifique amplificándose. He marchado temeroso de cuanto me rodeaba, sobre todo de los patos que sabía seguir pasando sobre mi cabeza. He marchado sintiendo la imperiosa necesidad de meditar en calma sobre océanos, olas, pozas y patos y llegar con tal meditación, a fijar bien claro donde

se radica cada vida independiente o si no se radica en parte alguna.

Bien. Aquí en esta gruta hay paz. Asiento y meditemos.

Apenas recorrido un metro de meditación he visto, de pie frente a mí, al mismo señor regordete del Quijote que con un ojo me interrogaba.

Se lo explicaré todo.

—Caballero... (En un instante circular le conté cuánto había contemplado).

Pasé por alto otro instante lleno de dudosos escollos.

—Caballero..., (Y aquí, como si la meditación ya se hubiese verificado, le relaté con lujo de detalles y elocuencia sin par, los resultados que hubiese obtenido. El regordete me felicita calurosamente).

Sí, más hay el instante de los escollos. Instante inevitable en mi relato. Pues la primera parte de él es de observación directa del natural; la otra, meditación sosegada. Y entre ambas, una unión, un conducto que las une: el momento en que la observación pide ser meditada.

Este momento — que en la realidad fué acompañado de saltos por las rocas —, hay que mencio-

narlo ante mi auditor. Hay que mencionarlo de algún modo. Veamos cómo:

—Caballero, entonces... (Tiene que haber un “entonces”. ¿De qué modo evitarlo?). Entonces..., púseme a meditar...; entonces..., pensé...

No. Más vale no meditar ni pensar si para ello hay que pasar por ahí.

Cambiamos el “entonces”; puede ser el causante de todo.

—Ante tal espectáculo, caballero..., no pude impedirme de decir..., reflexioné de este modo..., cavilé de esta suerte...

Peor, peor. Parece que la cosa no yace ni en el “entonces” ni en el “ante tal”. ¿Estará en el meditar, pensar, decir, reflexionar, cavilar?

El paso entre ambos momentos eriza sus escollos. Se diría que es como un tributo que pagar para obtener el permiso necesario de exponer nuestras lucubraciones. Si algo he de sacar en claro de lo observado, tengo que pasar por una frase-guardián al tenor de aquellas. ¡Malo, malo! ¿No habrá otro medio, un sendero extraviado, un rodeo que evite los escollos? ¿Obligación de pagar a nuestra vieja amiga “literatura” con una frasecilla a su entero gusto?

Lo estoy creyendo, mejor dicho, lo sigo creyendo. Porque tal creí, firmemente, en la gruta tran-

quila. Tal creí y, ante tal creencia, no medité nada, ni un centésimo de nada, ni sobre océanos ni olas ni pozas ni patos, ni sobre vidas grandes como constelaciones ni chiquitas como microbios.

OCTUBRE 1°.

Hoy he vuelto a orillas del mar. He descubierta un sitio maravilloso. Para tener idea de él,

imagínese una roca en forma de monolito de unos 30 a 35 metros de altura; colóquesela de pie junto a las olas, de modo que éstas azoten su base; tíñase con cielo azul todo lo no azotado; imagínese luego una segunda roca de igual forma y tamaño; colóquesela al lado de la anterior, cuidando que entre ambas medien unos dos o tres metros, no más; procédase con ella de igual manera en lo que respecta a olas y cielo; cúbrase de arena y conchuelas el espacio dejado entre ellas; pónganse pajaritos marinos en sus cumbres; échense erizos, centollas y chorritos en sus bases; rodéeselas con hojas de luche y cochayuyo; caliéntesélas al sol y contéplese el todo arrobado de admiración.

Es lo que hoy he hecho desde las 4 de la tarde hasta las 5 y 10. A esta hora un deseo súbito me ha cogido: avanzar, pasar por entre los dos altos mono-

litos, entrar al mar. Cinco minutos de reflexión y ¡adelante!

Ninguna novedad al avanzar; ninguna tampoco al pasar por entre las rocas; mas sí una pequeña novedad al pretender entrar al mar. Héla aquí:

Junto con estirar un pie para golpear con él el extremo de una ola que moría transparente sobre la arena, el agua se recogió y mi pie golpeó en seco. Un paso más: igual cosa. Otro paso: igual. Al cabo de siete pasos me detuve esperando que una ola, terminada la resaca de la anterior, volviese a avanzar. La ví formarse a lo lejos, la ví venir. Al llegar hasta mí di otro paso y lo dicho anteriormente se repitió. Noveno paso, décimo...: igual cosa. Al décimotercero me detuve nuevamente. Me quedaba sólo un paso por dar. Ya se sabe lo que hay entre el número 14 y yo.

Vino otra ola, ¡la última! Quemé mi paso último. La ola bajo él se escurrió y otra vez vine a golpear en seco.

Entonces, ya sin pasos más que dar, me enterré en la arena hasta las rodillas y esperé.

Un minuto, dos minutos, tres, cuatro... Catorce minutos, ¡14!

Oí por los aires un cántico solemne: trompetas, tambores, platillos, un bombo y un banjo. Y el mar, inmóvil también como yo durante los catorce minutos, al oír el cántico, se puso en marcha, se fué.

Se fué de todos lados, de los cuatro puntos cardinales, se fué entero hacia el punto, en el horizonte, frente a mis ojos. Y a medida que se iba, descubría ante mí, al recoger sus aguas, sus honduras ocultas, húmedas y perfumadas.

Plantas acuosas de ramas como lenguas de monstruos, se estiraban y luego, al no sentir más la blanda presión del mar, explotaban en aromas de yodo y sal. Mil bichos como arañas y grandes como perros, se enloquecían, corrían, se estrellaban y, al constatar que no había remedio para semejante mal, enterraban la cabeza entre las piedras y agonizaban dulcemente. Millones de peces revolcaban ojos atónitos y, lanzando un gemido, se deshacían en gelatina. Y las rocas submarinas, al verse súbitamente desnudas ante el Sol, se hundían, una a una, para no reaparecer jamás. Y el mar entero, de todos lados —repito—, seguía su fuga hacia aquel punto y sobre él iba formando un inmenso globo de agua que me volvía la espalda.

Una pausa. Ya no quedaba planta alguna sin explotar ni bicho que no hubiese agonizado ni pez que no fuese gelatina ni piedra frente al Sol.

Entonces el mar convirtió su globo, sobre el horizonte, en una cortina que cubrió el cielo y ocultó la luz:

Otra pausa. Y esta cortina marchó por lo alto hacia la costa. ¡Qué magnífico espectáculo!

Creo difícil que alguien pueda imaginarlo si no lo ha visto con sus propios ojos. Un mar, un océano en lugar de cielo, rizos de espuma en lugar de nubes, y uno que otro pez desprendido de las aguas remplazando a gaviotas y alcatraces. ¡Magnífico espectáculo! Yo bajo él, estaba en éxtasis. Los choritos abrían y cerraban precipitadamente sus dos conchas aplaudiendo con ruido de castañuelas; las centollas silbaban como sirenas por cada una de las púas de su caparazón; y los erizos, por su abertura, dejaban que cada camarón se asomara y alzara sus pinzas hacia la enorme cortina pasando por sobre nuestras cabezas.

De pronto, allá arriba, muy alto, un punto rojo me llamó la atención. Clavé la vista en él. Erizos, choritos y centollas se escondieron. El punto rojo caía. Caía y crecía. No era punto. Era un nudo de ramificaciones, de brazos. Caía. Iba a tocar tierra tras de mí.

Cayó más allá de las primeras colinas, a mis espaldas.

Desenterrar las rodillas fué cuestión de un segundo; los pies, de otro segundo. Y eché a correr.

Lo que había caído era un trozo de corales. Me senté cerca y fuí todo observación:

Este trozo, apenas tocó tierra, consultó a todos sus individuos y fué opinión unánime levantar un voto de protesta contra los zoófitos del globo entero y entonar canto en homenaje al reino vegetal. Acto continuo el trozo en cuestión se agigantó y extendió por los aires cientos de ramas entrelazadas, ramas duras y brillantes de mil variedades de rojos sobre los que culebreaban albos y caprichosos ribetes. Esto, cuanto a lo que se refiere del suelo para arriba.

Del suelo para abajo echó raíces agudas y cortantes. Puse un rayo visual en una de ellas y con ella empecé a bajar y bajé.

Atravesamos seis capas diferentes de la tierra con velocidad inaudita y, al llegar a la séptima, nos detuvimos. Las raíces entonces sentaron plaza y pidieron permiso para extraer de ella su alimento. Un personaje con cierto rostro mefistofélico les concedió todos los permisos que quisieran. Luego volví a subir junto con la primera ración nutritiva.

Me senté nuevamente en el mismo sitio y miré lleno de arrobamiento el árbol de coral. Mas algo me distrajo: bajo él, de pie, sonriente, con ancho gabán, sombrero hongo y paraguas abierto, estaba mi viejo conocido, el caballero regordete. Me saludó con suma cortesía y luego, con voz pausada y guiñando un ojo, me dijo:

—Buenas tardes.

Tosió, sonrió, escupió y agregó:

—Me llamo Desiderio Longotoma.

Cerró el paraguas y prosiguió:

—Muy señor mío: tengo el agrado de comunicar a usted que con un ojo seguí hasta las profundidades su rayo visual y que, con el otro, le observé a usted durante todo el tiempo que duró su descenso y su ascensión.

Sobre lo primero, nada tengo que decirle, pues, ha visto usted tanto como yo, aunque dudo que haya comprendido en toda su amplitud las diferentes capas de nuestro planeta, sobre todo, la séptima. Mas sobre lo segundo debo advertirle lo que sigue:

Mientras duró su viaje — mejor he de decir el viaje de su rayo —, usted durmió con su otro ojo y con todo el resto de su organismo un dulce y beatífico sueño. Su expresión de inefable necio, su sonrisa de consumado cretino, me impiden abrigar la menor duda sobre el carácter de su ya mencionado sueño.

No creo, pues, avanzar nada incierto al asegurar que usted se creía sin vacilaciones en una región paradisiaca junto a todo cuanto en este mundo y en los demás es bueno, noble y bello.

Tampoco creo quedar en los terrenos de la falsedad al asegurar que cuanto su rayo veía pasar por

las seis capas, y muy especialmente al pernoctar en la séptima de ellas, lo consideró usted con distracción y hasta con desdén, pues, no puede haberse evitado — cosa humana, por supuesto —, hacer la comparación de las dulzuras en que aquí se mecía, con ese algo un tanto mefistofélico y hasta descompuesto que allá le rodeaba, y haber preferido mil y una veces las primeras a todo lo segundo.

Altamente penoso me es tener que rebatir sus convicciones al respecto, tanto más cuanto que veo se hallan sólidamente establecidas dentro de su cacumen de usted. Pero es el caso que, enviado aquí para aclarar su mente, debo proceder a cambiar de centro sus ya referidas convicciones y restablecer el equilibrio y la verdad poniendo arriba lo que está abajo y abajo lo que está arriba.

Sin pérdida de tiempo, y ya que él apremia, he de decirle que acierta usted, en todo el sentido del verbo acertar, al haber calificado de mefistofélico o demoníaco a los seres y cosas de la séptima capa, y de puro y celestial a cuanto contemplaba su ojo cerrado y dirigido a la bóveda celeste. Mas he de advertirle — y le ruego ponga en esto toda su atención —, que una increíble e incalificable equivocación de los hombres, equivocación que perdura desde siglos y siglos, atribuye a lo subterráneo de la capa séptima un marcado tinte nefasto, y a lo que cente-

llea en el azul de arriba, un marcado tinte benévolo.
¡Error, señor mío, profundo error!

Cientos, por no decir miles de magos, en el curso de los siglos pasados, se han esforzado en hacer este inaudito cambio de valores y a tal punto lo han logrado que ya puede decirse sin exagerar que no hay ser humano en la Tierra que no crea que el mal pulula en cuanto tiene cuernos, rabo, cejas en punta, olor a azufre y espadín agudo; y el bien, en cuanto se colora de azulino, despide fragancia de lirios, arde como una vela titilante y baja los párpados suavemente.

Señor mío, le repito: ¡error, profundo error!
Las cosas son justamente a la inversa.

De siglos atrás el mal tiene pétalos blancos y sedosos y el bien chifla de noche apestando el aire. Ruégole a usted creerme a pie juntillas. Y ruégole también creerme de igual modo que ni el uno ni el otro son ellos mismos en definitiva: son únicamente caminos, caminos largos y tortuosos, que al fin llegan a ellos.

Pues bien, mi señor, como no dudo ni por un instante que usted desea en lo más profundo de su corazón encaminarse hacia el bien, me es grato proporcionarle ahora mismo y en este mismo sitio las mejores posibilidades para ello.

Este inquietante árbol de coral que chupa su

alimento de la séptima capa de los demonios y sabbandijas, arroja, como usted ve, una gran sombra encarnada, reflejo de lo que en dicha capa se fragua y se realiza. Colóquese usted dentro de ella y, ya cuando sienta que su influencia le inunda, entréguese de cuerpo y alma, a sus más hondas cavilaciones. Puede ser que de este modo llegue usted algún día a ver el bien en persona. Pues no ha nacido aún el mortal que pueda contemplarlo sin antes haber pasado largos años bajo una sombra semejante o bajo cualquier influencia de índole parecida.

Sin más por ahora y esperando sepa usted aprovechar en toda su magnitud los sabios consejos que le he dado, me es grato reiterarme como su más afectísimo y reverendísimo servidor y amigo.

Repito mi nombre: Desiderio Longotoma.

Dicho lo cual el buen hombre saludó, volvió a abrir su paraguas y se marchó.

A mí, ahora, bajo este árbol magnífico e inquietante, ponerme a cavilar sobre tan sabias palabras.

NOVIEMBRE 1°.

Hoy ha sido operado de la oreja y del teléfono.

El doctor Hualañé, en persona, manejó cloroformo y bisturí.

He aquí cómo las cosas acontecieron:

De tiempo atrás amo yo a Camila, desenfrenadamente. Ella me ama un día cada ocho y durante éstos, se ríe de mí con tanto desenfreno como desenfreno hay en mi amor desenfrenado.

Hace diez y siete días, Camila llevó su risa más allá de todos sus anteriores desenfrenamientos, de modo que aquella tarde regresé a casa con muchos más deseos de morir que de vivir. Pero antes de proceder a poner fin a mi existencia, marqué su número de teléfono (1), y escuché.

A los pocos segundos, Camila respondió. Por la entonación de su voz, pensé que acaso hubiese ya comenzado un día 1 entre 8. Mas luego, tuve que sufrir una cruel decepción. A mis palabras:

—¡Te amo, Camila! ¡Camila, te amo!,

ella respondió con una risilla precipitada, aguda, penetrante como alfileres en cascabeles.

—¡Camila mía, por piedad! — exclamé tres veces.

Y su risilla no hizo más que aumentar.

Entonces un profundo despecho se amparó de mí. Con un gesto brusco y decidido, quise arrancar-

(1) El número de Camila es 52061, o sea: $5+2+0+6+1=14!$



Gabriela Emar.

me el auricular del oído y cortar comunicación y cuanto existiera entre nosotros dos. Pero junto con dar comienzo a mi gesto, sentí un fuerte dolor en toda la oreja, como si mil demonios tiraran de ella. Al mismo tiempo seguía penetrándome su risa con una agudeza que me erizaba los nervios.

—¡Camila, te suplico, no rías más!

En vano. Su risa ya se anunciaba interminable.

—¡Camila, prefiero que me digas que me odias!

Nada. Hice un nuevo esfuerzo por despegarme el auricular del oído. Resistió en tal forma que comprendí que insistir sería arrancarme el pabellón pegado de él. Traté de quitármelo suavemente. Inútil. Traté de sacármelo como quién procediera con un tornillo. Tampoco. Y su risa seguía saliendo, inagotable, y desparramándose en mi cabeza. ¿Qué hacer?

No tuve más que un medio: alcancé unas tijeras para cortar el cordón. No importaba quedar con el aparato pegado a una oreja con tal de interrumpir su risilla desdeñosa y fría.

Dí un tijeretazo y el cordón se partió en dos. ¡Salvado!

¡No! Su risa fluía siempre, abundante, sonora.

Entonces corrí por casa. ¡Santo remedio!

Silencio. Apenas me alejé un par de metros del teléfono, silencio.

¡Qué alivio! Ya no volvería a ser torturado por esa risa endiablada evocadora de toda le infelicidad que Camila veía en mí. Ya no seguiría entrando por mi nervio auditivo el símbolo continuo de mi amor desafortunado. Silencio, silencio. Pero luego fui percatándome que, en verdad, había demasiado silencio.

Ni un murmullo, ni un rumor, ni un eco amortiguado, nada. Mis pies sobre las tablas pisaban en algodón; mis manos al golpearse no removían ni una onda en el aire; mi voz al lanzarla con todo el poder de los pulmones era una bóveda subterránea. Silencio total.

Lleno de pavor cogí una botella de vino del Rin y la envié de golpe contra el gran espejo de mi baño: estalló la botella, voló por los aires el vino, se pulverizó el espejo. Y todo ello como el silencio que se posa con las noches sin nubes sobre los picachos desiertos y nevados de la cordillera. Paz de tumba, paz absoluta. Supresión perfecta de toda manifestación de vida por el oír.

No voy a negarlo: palidecí ante este manto negro que me caía aislándome por todo un costado de los demás seres y de las cosas.

Una esperanza, no obstante. Con pasos caute-

losos avancé hacia la cámara del teléfono. Silencio, silencio siempre.

Llegué. Me detuve a tres metros del aparato, apoyándome en la pared. Del cordón cortado y colgante caía cada minuto una gota de sangre. Pero ni un ruido ni un susurro, nada.

Avancé no más rápido que un puntero de reloj. Silencio.

Silencio, sí, durante todo el interminable recorrido del primer metro.

Hasta que llegué al extremo del comienzo del segundo.

Entonces lejos, a distancias inauditas, percibí, brumoso y cristalino a la vez, un tintineo que, por su lejanía, me hizo pensar en los antípodas; por su calidad, en lluvia de vidrios sobre hielo.

Seguí avanzando. El tintineo creció. Ahora parecía su lluvia escurrirse fono adentro, empapándolo. Un paso más: el tintineo se modula, tonia cuerpo, vibra, rebota. Mi destino queda marcado: sin defensa, sometido, cubro el último paso. Y atruéname en el oído el reír sarcástico, hiriente de Camila.

¡No más precauciones ni cuidados! Ahora salto de un lado a otro; al teléfono, lejos de él; a la risa de agujas, al silencio total... O el desprecio inagotable de mi amor único, o el abismo mudo entre el mundo y yo.

Y los días empiezan a desgranarse fuera de mis tímpanos.

Días monótonos, exactamente iguales.

Duermo bien y despierto a hora fija, pero un tercio más fatigado que antes, pues, de las tres posibilidades de reposo, una ha dejado de existir para mí: puedo dormir de espaldas y sobre un costado, mas sobre el otro el auricular adherido a la oreja me lo impide.

Me visto y largo rato me contemplo frente a los pedazos quedados del espejo roto. Ensayo todos los medios para arrancarme tal apéndice: la fuerza, la suavidad, el tornillo, un cuchillo, una pomada. Ningún resultado.

Me paseo con trancos blandos por todas las habitaciones y, de tiempo en tiempo, me entretengo — único entretenimiento posible —, en constatar hasta la saciedad que todo enmudece ante mi presencia.

Sigo luego hasta el teléfono. Por ingenuo que ello parezca, llego ante él, cada vez, con una ligera esperanza: que el silencio haya penetrado hasta sus dominios. ¡No! Allí está siempre la risa de Camila, allí está arraigada al aparato y manteniéndose suspendida por los aires en varios metros a su alrededor.

Vuelvo a mi escritorio. Pongo un disco en el fonógrafo y me arrellano cómodamente en un sillón como antes. Quiero, cada día, experimentar el gran

placer — ignorado a los demás —, de saber que en toda esa estancia “se oye” y yo ¡no oír!

Me tiendo en mi cama. Cierro los ojos. Medito. En cada ocasión — como humos que se precisaran o como formas nadando entre humos —, siento que del mundo silenciado empieza otra interpretación a esbozarse; otra que les será negada a cuantos puedan apreciarlo, además, oyendo. Otra faz, otro sentido, otra razón, que sólo empieza a crecer cuando el silencio es definitivo hasta la eternidad.

Luego recuerdo que tal no es mi caso. Pues si nada oigo en parte alguna, oigo, sin embargo, ¡y vaya cómo!, apenas mi auricular entra en contacto con la zona ocupada por la risa de Camila.

¿Y si hubiese callado?

Renace la esperanza, doble esperanza: no oír más su reír maldito; poder marchar sin tacha por las nuevas percepciones del mundo que se insinúan.

Corro al teléfono. Estiro el cuello. Alargo el auricular.

Camila ríe, Camila ríe, Camila tintinea y clava hielos y alfileres sobre mi corazón lacerado.

Y todo vuelve a repetirse. El fonógrafo hace cantar otro disco.

Así cada día, cada hora. O la tumba o el desdén de Camila.

Lentamente el hábito empezó a adueñarse de

mí. Todo mi organismo se adaptaba a este nuevo modo de existir. La tumba se llenaba de significados mudos; la risa me iba infiltrando la voluptuosidad de sufrir. Una dicha dulce y doliente ocupaba por minutos más y más el sitio de los antiguos ajetreos. Mil objetos que escondían antes su vida íntima tras los sonidos que retumbaban por todas partes, ahora, dóciles, me las iban entregando como un presente delicado. Todo el vacío que me rodeaba se poblaba de existencias insospechadas. Y sobre este nuevo mundo, como una pimienta se enterraba en mis carnes el gozo ahogado del martirio que Camila me infligía.

Hace tres días me declaré a mí mismo que, en adelante, podría ser feliz hasta el final de mi vida. Pero hace un día, ayer, apareció en mi puerta el doctor Hualañé.

El buen hombre se había informado — ignoro cómo —, de la que él — y hasta hace poco, yo — consideraba mi desgracia. Le expliqué que no había tal. Pero no quiso encucharme. Avanzó hacia una ventana y la abrió de par en par. Con mil gestos, muecas y ademanes, me hizo entender que todo aquello, todo cuanto se veía de la ciudad, de las montañas lejanas, del cielo, estaba pletórico de infinidad de sonidos vivientes.

El buen hombre me tentaba. El buen hombre me tentó. Incliné la cabeza.

Hoy ha venido, me ha cloroformado y me ha operado. Luego ha vuelto a colocar el auricular en el cordón que colgaba sanguinolento. Y yo, hoy, he vuelto a oír la vida.

Todas las existencias sosegadas han huído. Todas mis meditaciones tranquilas se han esfumado. Toda voluptuosidad en el dolor ha desaparecido. Ahora todo retumba con estrépito. Y para saber a qué atenerme en este que se me antoja un caos infernal, no me queda más que volver a marcar el número 52061 y esperar.

DICIEMBRE 1°.

Hoy he regresado de un largo viaje.

Poco después de operado, y por consejo del propio doctor Hualañé, me embarqué en Valparaíso, en el S. S. *Orangután*, de la H. T. T. K. C.

Las escalas que hicimos fueron las siguientes:

Coquimbo.— Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Como se sabe, Coquimbo es la tierra de los cocos y de los guindos.

Todo aquí nace, crece, vive, fructifica y muere en función de los guindos y de los cocos. Lo que no siga esta línea funcional es inmediatamente cogido por los carabineros y echado al mar con una piedra atada al cuello y, en caso de carecer de éste, atada a su parte más prominente. Durante nuestra permanencia tuvimos ocasión de presenciar dos sumersiones definitivas: a) la de un sabio alemán que tuvo la imprudencia de declarar ante los grandes del país que era más importante el estudio del gusanillo órbito-extraesclerótico del pterigoides que el estudio de cualquier coco o de cualquier guindo por mucho que se hallase y pernoctase en Coquimbo; b) la de un colchón que, inocentemente, rasgó un extremo de su tela dejando ver a los ojos de la autoridad su contenido: ¡estopa de algodón!, y no filamentos de coco con aserrín de guindos como son todos los demás de la ciudad.

Fuera de estos actos que hirieron un tanto nuestra sensibilidades de hombres santiaguinos, lo demás fué delicioso, francamente delicioso:

Adonde mirásemos y en la forma que mirásemos, nuestros ojos caían en un coco custodiado por dos guindos, y el único cambio que tenía tan inefable cuadro era, a veces, presentar un solo guindo custodiado por dos cocos.

Nuestro arrobamiento empezaba a ser tanto,

que el Capitán hizo levar anclas sin pérdida de tiempo.

Antofagasta.— Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Ciudad que nos ha dejado imborrable recuerdo. Pues hay que ver cuánta sorpresa ofrece para el viajero toda una ciudad de lana. Casas de lana, calles de lana, árboles de lana, habitantes de lana. Y de cuando en cuando, enredada en tanta lana, pasa y bosteza una estufa y agoniza un famélico fakir.

¡Cuánta paz en ese cielo de lana! El ciudadano de aquí no hace más que contemplarlo elevando una pupila de lana. Y modulando dulcemente ese su nombre querido de “An-to-fa-gas-ta”, cae en éxtasis pensando que antes, antes, todo, por no ser de lana, se gastaba, más ahora, que es de lana, no se gasta. Entonces hace afinar todos los instrumentos de la comarca en fa, y con ellos y siempre en fa, canta meciéndose hasta que allá en el ocaso, el Sol, al ocultarse, deja en su sitio un sabor de lana astronómica.

Iquique.— Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. ¡Qué marcada diferencia con las dos anteriores! Si es de creer que no perteneciesen al mismo país. Véase:

Iquique es la cuna, la cuna única universal, de

cuantos pajaritos hay en la tierra con canto estridente o entrecortado.

Pajarito que de tal modo cante y no haya visto la luz del día en este puerto, no logra sobrevivir: es alimento seguro, fatal, de serpientes, escorpiones, tarántulas y otros bacterios. En cambio los nacidos aquí — que luego se propagan en veloces vuelos por las cinco partes del globo — llegan a viejos, llegan a la extrema vejez, a esa vejez sin plumas, sin alas ni picos, mas siempre con su canto primoroso, agudo y golpeado.

Los habitantes de aquí sólo tratan de imitar tales notas de algazara. Y con razón. Es tanto el atractivo que hacen zumbiar por los aires que, diez minutos después de anclados, todos los pasajeros del *Orangután* empezábamos también a gorjear como los lindos pajaritos. Lo que visto por el capitán, le indujo a hacer acallar nuestros silbidos atronando con la sirena del barco, y luego dió orden de zarpar.

Mollendo.— Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Pero aquí la cosa es de otro modo.

En Mollendo todo es redondo, algodonoso y color café. Y además todo es blando, muelle, tanto, que sus habitantes se recuestan en cualquier parte, donde les sorprende la modorra: en una rama, en un

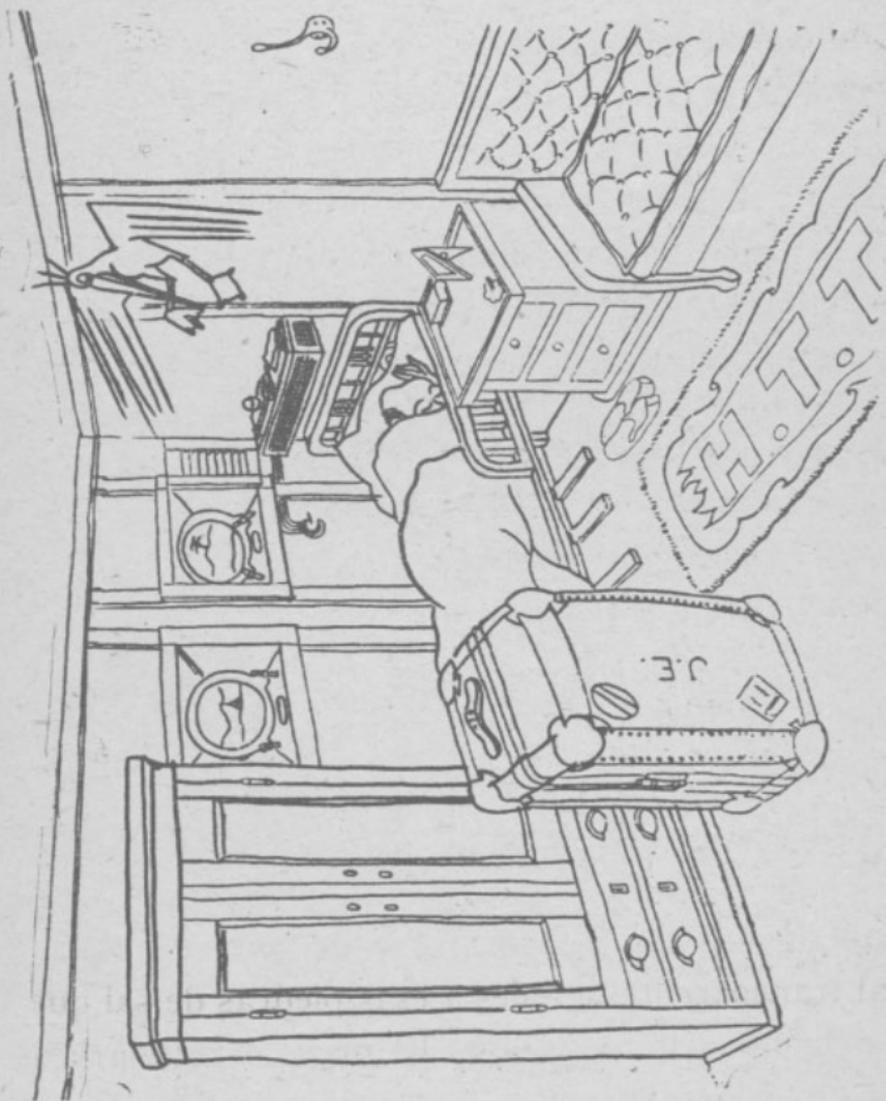
peñasco, en la chimenea de una casa, en las olas del mar, ya lo digo, en cualquier parte. Allí se quedan dormitando.

Luego se van a comer. Comen únicamente bollos redondos con sabor de tierra. Después se enjuagan las manos en el mar y como el agua es pardusca y parduscas también las migas de los bollos que les quedan en las manos, con cada enjuague de cada habitante, Mollendo se pone más y más pardo. Agréguese que, a causa del viento terroso que todas las noches sopla aquí y de los lengüetazos flojos de las olas, Mollendo también se redondea más y más.

El capitán me ha dicho que dentro de pocos años, en este sitio no habrá más que una cosa redonda, color café con leche y con consistencia de algodón.

Huacho.— Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Es también un puerto curiosísimo. Está formado por montañas de sal transparente, iguales a esas piedras de sal que dan a lamer a los vacunos. El mar, al reflejarlas, toma un color glauco.

Los habitantes de aquí — ni para qué decirlo —, son como todos los habitantes de todas partes, mas,



Gabriela Emar.

al pasar tras dichas montañas, adquieren formas extravagantes, de guarisapos quebradizos.

El barco, al zarpar, fué dejando tras sí una especie de baba incolora y aburrida. Nosotros mirábamos todo aquello con ojos muertos y glaucos como el mar.

Pacasmayo.— Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. ¡Qué diferencia con todo lo anterior! ¡Qué cambio! ¡Qué locura de coloración! En las hojas y los frutos de aquellos árboles estaban todos los colores imaginables y muchos otros que jamás yo había visto. Y todos ellos fuertes, vibrantes, definitivos. Hasta el mar era allí una paleta revuelta de un pintor enloquecido. Sí; el mar era de óleo, espeso, se movía lentamente y teñía el casco del barco con arco iris que luego caían despegándose. Los marineros metían un dedo en esos colores y se lo chupaban encantados. Y lo más curioso de este puerto fantástico es que en cada árbol, en cada rama y en cada fruto se hallaba un papagayo.

Todos los papagayos gritaban a un mismo tiempo y sin interrumpirse ni un segundo. Era tal el ruido que hacían que durante las veinte horas de permanencia tuvimos los pasajeros que entendernos por señas, pues, no había medio de hacerse oír.

Cuando nos alejamos de allí, Pacasmayo se veía a lo lejos como una hoguera cuyas lenguas de fuego, rojas, amarillas, verdes, anaranjadas, se movían y enroscaban debido a que un poco de viento balanceaba las ramas de los árboles y las plumas de los papagayos.

De la hoguera salía y llegaba hasta nosotros el canto agrio de los pájaros; luego un murmullo desafinado; hasta que se puso el sol y desapareció Pacasmayo y callaron los papagayos.

Pimentel.— Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Pero muy diferente al puerto anterior.

Una planicie verde nilo, interminable. En ella miles, millones de arbolitos, todos a igual distancia. Los troncos eran rectos como alfileres; el follaje, redondo y casi negro. El capitán en persona me dijo que esos árboles eran los que producían la pimienta. Dicho lo cual, ambos nos pusimos a estornudar ruidosamente.

Durante los tres días que permanecemos fondeados allí, no apareció nadie, ni un perro en la tierra, ni un pez en el agua, ni un ave en el aire. Aburrido el capitán, dió orden de levantar anclas y el *Orangután* puso proa sobre,

Paita.— Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía. Enormes hojas verdes, bajas, que se inclinan hacia tierra formando huecos azules.

Las gentes de allí están recostadas en esos huecos, canturreando con mucha flojera. Comen paltas con aceite. Las cáscaras las tiran al mar, un mar muy azul también, que viene hasta debajo de las hojas. Un mar que no tiene horizonte, pues, a la altura en que debería hallarse, ya las hojas lo tapan todo.

Yo, por curiosidad, levanté una hoja. Tampoco vi el horizonte, pues, apareció cerca, cerca de mí, un monte que lo ocultó. Un monte que rodeaba a todo el mar. Era de color guinda metálico, exactamente del color de los huesos de las paltas. Este guinda se refleja en cortas pero numerosísimas rayas sobre el azul del agua. El capitán me dijo que el monte era de verdad de metal y que, por su base, se estaba derritiendo y desparramándose líquido por el mar. Para responderle, largué la hoja y el verde volvió a saturarlo todo. Mi respuesta se hizo inútil.

Manta.— Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía.

Esta ciudad tiene tres habitantes que se van turnando para cumplir las tres actividades necesas-

rias en esta tierra. Cuando el uno vela, el segundo duerme y el tercero come. Luego el que vela duerme, el que duerme come y el que come vela. Así sucesivamente hasta el infinito.

El que vela está arriba de un pino, saluda a los barcos que pasan, se precipita a los barcos que fondean y aprieta las manos de oficiales, pasajeros y tripulación.

El que duerme está bajo una carpa roja. Allí duerme profundamente y sueña, sueña — siempre el mismo sueño —, sueña el infeliz con las bellezas y grandezas de Guayaquil.

El que come está agazapado tras un matorral. De pronto estira un brazo y coge un alcatraz. Luego se lo devora vivo, con pico, con patas, con plumas, con todo. Cuentan que el alcatraz lanza gritos desgarradores.

En efecto. No hacía aún una hora a que nos hallábamos fondeados cuando taladró nuestros oídos el más horrible, el más pavoroso aullido posible en ser viviente. Y pudimos luego ver cómo tal grito espantaba a las demás aves de la comarca y sobre todo a los mismos alcatraces: el cielo se cubrió de cientos de miles de pájaros sobrecogidos por el terror. Y entre ellos cruzaban los tristes y serenos hermanos de la víctima batiendo sus alas con ma-

jestad, mas, dejando caer de sus pupilas lágrimas amargas.

De pronto uno de ellos, perdido el tino por el dolor, no supo orientarse sobre la bahía y se coló por el ojo de buey de mi camarote.

La voz de alarma corrió instantáneamente de extremo a extremo del barco:

—¡Alcatraz a bordo! ¡Alcatraz a bordo!

Entonces, sobre el palo de mesana, flameó la banderola de peligro; sobre el trinquete, la de resignación ante los grandes males. Y la sirena lloró lúgubre, mientras las dos anclas, sin que nadie las alzara, llegaban a superficie, lastimosas como dos viejas empapadas.

El capitán se había puesto grave y huraño. Sólo dijo:

—Regreso...

El *Orangután* se despegó quejumbroso de su fondeadero y, crujiendo en toda su armazón, se marchó hacia el horizonte.

¡Cuánto sentí tan inesperado fin a nuestro viaje! ¡Qué funesto contratiempo! Y pensar que millas más, habríamos llegado al término de la navegación, el puerto de Buenaventura que, según opinión general, era una alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía.

Pero no había caso. El capitán había dicho "regreso" y el *Orangután* dócilmente obedeció.

Volvimos sin tocar en puerto alguno, describiendo un ancho círculo por el océano. Y hoy, con indescriptible regocijo, volvimos a ver sobre sus cerros la alegre y pintoresca ciudad de Valparaíso, blanqueando en medio de su vasta y plácida bahía.

Yo, durante todos los días que duró el regreso, pasé encerrado en mi camarote, metido en la litera, sin ver a nadie, sin probar bocado, sin menear miembro alguno. Tras de mí, sobre mi cabeza, paraba el alcatraz de Manta, moviendo con lentitud sus grandes alas cobijantes. Así meció los sueños que vine haciendo sobre las aguas, así tamizó con dulzura los recuerdos pasados que se me agolpaban en la mente, así coloreó de gualdo y encarnado los proyectos que para el próximo año empezaban a germinar y a revolotear junto al susurro de las olas.

Y así, el noble pájaro, me acompañó día a día, hora a hora, sin gritar, sin pestañear, sólo batiendo en silencio, como he dicho, sus alas blandas de algodón.

Al poner pie a tierra le ví alejarse por los aires y lanzarse pico abajo a las aguas tras un pejegato que nadaba veloz tras un pejepulga.

Y no nos volvimos a ver.

DICIEMBRE 31.

Hoy he releído este diario con lentitud y penetración. No lo dudo: tiene que estar bien por la muy simple razón que sigue:

Todos los días en él anotados empiezan diciendo: "Hoy he...", seguido de un participio.

"Hoy he amanecido, hecho, estado, asistido, traspuesto, vivido, vagado, pasado, venido, vuelto, sido, regresado, releído".

Y diario que comienza siempre de tal modo — puedo asegurarlo —, roza la perfección, pues, cumple, al respecto, con la inviolable ley, ¡ley sagrada!, que han promulgado, desde que los siglos son siglos, todas las jovencitas que se desahogan en papel y tinta, y todos los sabios profesores de gramática y retórica.

Amén.





Precio: Cuatro pesos